466.5

SI TE PICA... RÁSCATE,

Ú

OBEDECER AL QUE MANDA.

Entretenimiento popular

EN DOS JORNADAS Y EN VERSO.

SU AUTOR

VI D. JOSÉ BERNAT BALDOVÍ (el Sueco).

Representado por primera vez con notable aceptacion en el teatro de la Cruz en la noche del 24 de Diciembre de 1855.

M. P. D.

MADRID.

IMPRENTA DE DON CIPRIANO LOPEZ.
Cava-baja, n.º 19, bajo.
Enero 1856.

PERSONAGES.

SALVADORA, *esposa de*
TOMÁS, *labrador acomodado.*
DON DIEGO, *aspirante á la diputacion.*
EL MAESTRO CUTANDA, *barbero de capa raida.*
BLAS, *fiel de fechos ó cosa parecida.*
MARTA, *criada de Tomás y Salvadora.*
BARTOLOMÉ, *criado de don Diego.*
MIGUEL.... } *labradores.*
ANTONIO.. } *labradores.*
NICOLÁS... } *labradores.*
UN CRIADO *de don Diego.*
TRES NIÑOS, *que no hablan.*
UN VECINO.
GENTES DEL PUEBLO.

Esta pieza pertenece á la Galería Dramática, que comprende los teatros moderno, antiguo español y estrangero, y es propiedad de su editor *Don Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del Reino, ó en los Liceos y demas Sociedades sostenidas por suscricion de los Socios, con arreglo á la ley de 10 de Junio de 1847, y decreto Orgánico de teatros de 28 de Julio de 1852.

INDIRECTA.

La propiedad de esta comedia pertenece á *Don Manuel Pedro Delgado*, y sin su anuencia no podrá reimprimirse ni representarse (*extra-oficialmente*) en ninguna parte.

OTRA.

La accion pasa en... cualquier distrito electoral de la patria de Pelayo; en la villa de la Alcora, por ejemplo, célebre poblacion de la provincia de Castellon de la Plana.

ADVERTENCIA.

Este juguete dramático lo dedica el autor muy especialmente á la parte de público que no acostumbra frecuentar los teatros.

JORNADA PRIMERA.

Habitacion de Tomás, medianamente arreglada al estilo del pais.

ESCENA PRIMERA.

Aparecen en ella TOMÁS. BARTOLOMÉ. SALVADORA. MARTA. *El primero con una carta en la mano, que se supone haber leido.*

Tomas. Está bien, Bartolomé:
puedes decirle á don Diego
que soy un pobre labriego,
como todo el mundo ve.
Pero yo me enteraré
con la detencion precisa,
que esto no es cosa de risa,
cuando en nuestras poblaciones
el que está ya sin calzones
quiere guardar la camisa.
Bartolomé. Es decir, que por ahora
no me contesta usted nada.
Tomas. La respuesta bien pensada
vale mas que... Salvadora!
veas lo que le darás
para almuerzo á este... (*Ap.*) avechucho.
Bartolomé. Mil gracias, señor Tomás...
(*A Salvadora.*)
El jamon me gusta mucho.
Salvadora. Sí?... dígalo usted dos veces!...
Hazle, Marta, una tortilla.
Bartolomé. Huevos, no.
Marta. Quereis morcilla?...
(*Bartalomé va rodando la cabeza á todo; y al oir la ca-*

labaza, *se entra con Marta apresuradamente en la cocina.*)

Bartolomé. Si no hay otra cosa...

Marta. Nueces...
higos... pasas... miel... pescado...
uvas... queso...

Salvadora. Calabaza!...
Vaya! que tiene usted traza
de ser muy desvergonzado.

ESCENA II.

TOMÁS. SALVADORA.

Salvadora. Quién es, dime, ese sàlvage?

Tomas. Un emisario que envía
aquel alto personage
de quien te hablé el otro dia;
el cual me endosa una carta
en desiguales renglones,
hablándome por vez cuarta
de votos y de elecciones.

Salvadora. Y qué dicè, qué?...

Tomas. (*Dándole la carta.*) *Ecce homo.*

Salvadora. Deja que la vista pase,
que en meriendas de esta clase
bien sé yo el pan que me cómo.
. . . . . .
(*Lée el sobre, y despues la carta.*)
«Al señor don Tomás Ponce...
propietario de la Alcora...
Valencia y Enero á once...
de ochocientos mil...»

Tomas. Vadora!
muy lleno está ese teatro!...

Salvadora. Digo!... de mil ochocientos...
ja! ja! ja! y cincuenta y cuatro!

Tomas. No estás hoy tú para cuentos.

Salvadora. (*Sigue leyendo.*)
«Mi buen amigo Tomás:
En ocasion semejante,
aquel que llega delante

nunca se queda detrás...
Y por tanto yo quisiera
que fuese en tal baraunda
antes de cualquier segunda
esta carta la primera...»
(*Representa.*)
Pues no dices que te ha escrito
sobre lo mismo otra vez?

Tomas. Con esa, digo y repito
que son ya lo menos diez.

Salvadora. Es que sin duda ha temido
que te olvides de su historia.

Tomas. Pues tengo buena memoria:
la voluntad he perdido.

. . . . . .

Salvadora. (*Lée.*) «Se trata, por de contado,
de próximas elecciones,
y para evitar razones...
yo quiero ser diputado...»
(*Representa.*)
Así me gusta!... el pan, pan!
Lo demas ès patarata!

Tomas. *Ego sum*, hablando en plata,
que dijo aquel sacristan!

. . . . . .

(*Tomando un polvo.*)

Salvadora. (*Lée.*) «La patria me necesita,
que su conflicto es muy gordo,
y hacerme no puedo el sordo
cuando la conciencia grita.
Por eso, teniendo pruebas
de que usted y otros consortes
buscan hoy personas nuevas
para mandar á las Córtes...
oportuno me parece
aceptar el sacrificio
que impone á todo novicio
la profesion que apetece.»
(*Representa.*)
Huele esto á manga de fraile.

Tomas. De San Francisco de Borja,
que no llevaban alforja,

pero... continúa el baile.

. . . . . .

Salvadora. «La mia tendrá por norma
andar corriendo ó al trote,
en los abusos reforma,
y hacer bien... al que me vote.
No puede ser mas sencilla
ni provechosa en mercedes,
porque ya saben ustedes
que hoy mas logra quien mas chilla.»

Tomas. En eso tiene razon:
no hay hoy verdad mas probada.

Salvadora. Ni regla sin escepcion...
Yo chillo, y no logro nada!...
porque, si creida fuera,
hace ya, Tomás, gran rato,
que tu nariz no anduviera
oliendo tres piés al gato.
Qué saca en limpio tu diente
de que su objeto consiga
este ó aquel pretendiente?
Quieres que yo te lo diga?...
Pues mira, escúchame bien:
«Perder el tiempo, ante todo,
porque, al cabo, de este modo
no lleno yo la sarten.
Y luego... bien lo conoces!
despues de tanto afanarte,
el pago que suelen darte,
es, Tomás... un par de coces.»

Tomas. Tienes razon, soy un tonto,
y bien caro lo he pagado!...
pero hasta aquí hemos llegado.

Salvadora. Mas vale tarde que pronto!

. . . . . .

(*Lée.*) «De alpargata y de zapatos
tiene usted muchos amigos
por las calles y en los trigos
de esos pueblos inmediatos.
Y si despues de la lucha
hace falta algun talego...
Tomás... aquí está don Diego...»

(*Representa.*)
Como es el tal buena trucha!...
Con que despues, eh, Tomás?...
Pobre, infeliz labrador!...
Toma!... no quiero leer mas.
(*Devuelve la carta.*)

Tomas. Te dejas, pues, lo mejor...
mira lo que aquí se ve.
(*Señalando con el dedo.*)

Salvadora. Por caridad! que ni en chanza
tengo en sus palabras fé.

Tomas. Pues él tiene en tí esperanza.

. . . . . .

(*Lée con gafas.*)
«Su mujer, á quien yo estimo,
además de otros parciales,
cuenta tambien con un primo
de influencias especiales:
y si este tal se interesa
por complacer á su prima,
nuestra victoria está encima...»

Salvadora. Sí?...

Tomas. Qué tal?... chúpate esa!...

Salvadora. El primo!... venga esa carta.
(*La toma y la rasga.*)
Pues no aprieta los cordeles!...
Vaya! vaya!... Marta! Marta!
tira al fuego esos papeles...
(*Sale Marta y recoge los pedazos.*)

ESCENA III.

TOMÁS. SALVADORA. MARTA.

Salvadora. Sin verlo no lo creería!...
Libertades son muy raras
las que ponen á ese usía
en camisa de once varas!...

Tomas. Estos, así haciendo el tonto,
siguen recto su camino,
porque, al cabo...

Salvadora. Él sabrá pronto

si tengo primo ó sobrino!...
Ese holgazan ya ha almorzado? (*A Marta.*)

Marta. Sí... pero tiene mas ganas.

Salvadora. Lo supongo: qué le has dado?...

Marta. Tocino... queso... manzanas...
y una rosca con manteca...
pero llegó á olfatear
el jamon, y...

Salvadora. En el pajar
hay garrofas... yerba seca...
marcha, llénale un capazo;
dile que se lo doy yo.

ESCENA IV.

LOS MISMOS. BARTOLOMÉ.

(*Al salirse Marta, tropieza con Bartolomé, que entra relamiéndose el hocico.*)

Bartolomé. Dónde vas?... dame un abrazo.

Marta. Lo digo, señora, ó no?

Salvadora. Qué tal, se ha almorzado bien?

Bartolomé. Muy poquito... casi nada.

Marta. Cómo que no!... la sarten
dejó sin una tajada.
Vino?... media cantarilla.

Bartolomé. Y en verdad que es escelente!

Marta. Y olivas?... una barchilla.
Pan?... dos libras...

Bartolomé. Y caliente!

Marta. Por qué dice que poquito,
si ha comido mas que un toro?

Bartolomé. Ah, Marta!... me tienes frito,
de tanto como te adoro!

Marta. A quién, á mí?... mira el tuno!...

Bartolomé. Queda en paz, Marta querida,
que no olvidaré en mi vida...

Salvadora. A Marta... ó al desayuno?

Bartolomé. Señora, será un capricho...
pero...

Marta. Capricho!... gandul!...

Bartolomé. Vaya... adios!... (*Se marcha.*)

Marta. Zúzalo, chicho!
Dale un mordisco en...
(*Ladra el perro, y si no le hay, se supone entre bastidores.*)
Tomas. (*Llamándolo.*) Saul!...
Vamos!... quieto!... ven aquí!...
Salvadora. Ya ves cómo este emisario
despues de limpiar tu armario,
se burla de esta y de mí!...
Tomas. Cuándo, oh Dios, llegará la hora
que ponga á mis penas tasa!...
y en que el hombre de su casa
reir podrá, ya que hoy llora
lo que en estos tiempos pasa!...
Marta. Y en que la carne y la espina
del triste estado soltero
quieta estará en la cocina,
desplumando una gallina
ó haciendo fuego al puchero!... (*Se marcha.*)
Salvadora. Y en que la mujer casada,
que ama á su esposo en verdad,
cuando llegue una votada,
diez leguas de ella apartada
vea á su cara mitad!!!... (*Se marcha.*)
(*Pausa.*)

ESCENA V.

TOMÁS.

En el patrio jubileo
qué raro contraste hace
el *gloria in excelsis Deo*
con el *requiescat in pace!*
. . . . . .
Baile, baile en esta danza,
con sus facultades todas,
quien de Camacho á las bodas
asistió cual Sancho Panza...
y entone en grata alabanza
al Dios de aquel himeneo...
el *gloria in excelsis Deo!*
Mas déjese á los mendigos,

que en dichos nupciales tratos
moscas fueron de los platos,
y de los brindis testigos,
que vayan por esos trigos
celebrando el propio enlace...
con el *requiescat in pace!*

. . . . . .

Los que en la prensa ó tribuna,
poniendo el pié en sus programas,
subiéronse por las ramas
á los cuernos de la luna,
en brazos de su fortuna
cantar pueden... ya lo creo!...
el *gloria in excelsis Deo!...*
Pero el pobre ciudadano,
que á pesar de mil promesas
que oye de cualquier cristiano,
solo ve farsas impresas
en su papel de pagano,
á cada bicho que nace
canta el... *requiescat in pace.*

. . . . . .

No es, en verdad, maravilla,
aunque es cosa de amor patrio,
ver á un nieto de Padilla,
del santo templo en el átrio,
entonar desde su silla,
cual si fuera un Fariseo...
el *gloria in excelsis Deo.*
Pero al que el Santo en su nicho
buscó desde hora temprana,
y á quien siempre se le ha dicho:
«hijo, vuelva usted mañana,»
quién le quita ya el capricho
de entonar, cuando le place,
lo del *requiescat in pace?*

. . . . . .

Bien está que un empleado
que ha comido á dos carrillos,
y que además se ha guardado
los postres en los bolsillos,
con tan buenos monacillos

cante al compás de su empleo...
el *gloria in excelsis Deo.*
Mas no vayais al cesante,
ni á la viuda de estos dias,
que nunca han visto delante
ni un mal plato de judías...
con *glorias* ni sinfonías;
pues nada les satisface
sino el *requiescat in pace.*

. . . . . .

Aquel militar novel
que el año cuarenta y siete
entró á servir de cadete,
y hoy se encuentra coronel,
entone con labio fiel...
en los cafés y en paseo...
el *gloria in excelsis Deo.*
Pero el veterano pobre,
que nunca ganó terreno,
y aunque está de heridas lleno,
percibe su paga en cobre,
no se espere que así obre,
ni que otra bandera abrace...
sino el *requiescat in pace.*

. . . . . .

En conclusion... ¿no es verdad
que á los del canto primero
llega solo, en nuestra edad,
el grito tan placentero
de Viva la libertad?

. . . . . .

¿Y no es cierto de igual suerte
que á los del canto segundo
poco afan se les advierte
de que algo viva en el mundo,
viendo tan cerca la muerte?...

. . . . . .

Luego es cosa muy notoria
que hoy la verdadera accion
que pasa por meritoria,
es... ponerse en posicion
de poder cantar el *Gloria.*

ESCENA VI.

Mutacion. Calle transversal con muy poco fondo, para dar lugar, durante esta escena, á preparar interiormente la inmediata. Transitan por dicha calle BLAS *y* ANTONIO, *seguidos de cuatro ó seis compañeros, parándose á intérvalos mientras dura el diálogo.*

Blas. En honduras no te metas,
porque pisas mal terreno:
el pan, pan, y el vino... bueno.
Aquí estan las papeletas,
y en mi casa el vaso lleno.
Quien quiera beber un trago
y empapar cuatro fragmentos
en miel de Roma ó Cartago,
que no gaste cumplimientos,
pues hoy, señores, yo pago.
Don Diego es un guapo chico,
de liberal hace alarde,
valiente, popular, rico,
y sobre todo... qué pico!...
Ya le oireis esta tarde.
Como triunfe este señor...
no diré que el que agua siembre
coja chorizos en flor,
porque en Enero ú Diciembre
no suele hacer gran calor.
Pero tened por seguro
que, si vence nuestro bando,
haciendo frio ó sudando
no comerá el pan tan duro...

Antonio. El que lo tendrá mas blando:
en eso tienes razon.

Blas. No seas tan terco, Antonio;
siempre estás de oposicion...

Antonio. Y se la haré hasta al demonio
mientras no pruebe el turron.
(*En voz baja á Blas.*)
Doce veces he votado
con esperanza y no corta,
y al sumar lo que me importa,

en limpio siempre he sacado
un cero como una torta.

Blas. No me enturbies la pesquera,
y hablemos en voz mas baja;
que en la décima tercera,
si pones los piés en la era,
no trillarás por la paja.

Antonio. Bah! bah! bah!... todo razones!...

Blas. Hombre, no! tu suerte labras
ganando estas elecciones...

Antonio. Me pagareis en palabras,
como en otras ocasiones.

Blas. Sostengo lo que te he dicho,
y á cuenta... vaya un cigarro.
(*Dándole un puro.*)

Antonio. Lo tomo... por un capricho.

Blas. (*Ap.*) Ya va picando este bicho.
Vamos, toma... y ruede el carro.
(*Le dá papeletas.*)

Antonio. Con tus gritos importunos
me haces ser siempre un borrego.

Blas. Pues si todos somos unos!...

Antonio. (*Indicándose á sí mismo.*)
Es muy cierto, pero algunos
tardan mucho á entrar en juego;
y harto estoy de rodar noria!

Blas. (*Dándose importancia.*)
Dime... para mi gobierno,
qué quieres?

Antonio. (*Accion de comer.*) Yo? pepitoria.

Blas. Un pastelillo de gloria?

Antonio. O dos chorizos de infierno.
(*Se marchan todos.*)

ESCENA VII.

Barbería del MAESTRO CUTANDA. *Aparece este afeitando á* MIGUEL, *y por allí andan tambien algunos otros parroquianos, con tres hijos pequeños del Maestro. El mayorcito de ellos le sirve la vacía, etc.*

Maestro. A mí todo me es igual,

pues nadie me ha de hacer Papa.
Miguel. Ni tampoco Cardenal.
Maestro. Por eso me viene mal
que se tapen con mi capa.
Miguel. El que se tape con ella,
hecha tiene su fortuna.
Maestro. Por qué razon?
Miguel. Por ninguna...
No hay cielo con tanta estrella,
ni con mas gotas laguna!
Maestro. Esa es la suerte traidora
que sufre en sus desengaños
quien se encuentra, como ahora,
(*Accion de no tener un cuarto.*)
despues de estar tantos años
barbas pelando en la Alcora!...
Miguel. Despacio!... por San Patricio...
y otros mil santos que invoco!...
Maestro. Hombre!... si apenas te toco!...
Siempre has tenido tú el vicio
de quejarte de muy poco!...

ESCENA VIII.

LOS MISMOS. BLAS, ANTONIO *y sus compañeros, que entran con papeletas en la mano.*

Blas. Qué dice el maestro Cutanda?
Maestro. Yo?... nada: callo y afeito;
que quien entre barbas anda,
no debe seguir mas pleito...
que «obedecer al que manda.»
Blas. Corriente; pero no importa
que en la discordia que hoy rige
para amasar nuestra torta,
lo que el bien del pueblo exige
busque quien sus pelos corta.
Ni nada de estrañar fuera,
viendo el patrio desconsuelo,
que, con navaja y tijera,
hoy siguiese su bandera
quien le rapa y corta el pelo.

Maestro. (*Acabando de afeitar á Miguel.*)
De ese estandarte me río,
por mas que usted lo enarbole,
y en invierno y en estío,
como tengo tanta prole,
busco el bien... del pueblo mio.
(*Señalando sus niños.*)
Mire usted, señor don Blas...
uno... dos... tres... y tres mas,
que aun me quedan allá dentro.
Tirará bien mi compás
sus paralelas al centro
(*Accion de comer.*)
con la paja ó con el grano
de esas blancas papeletas
que lleva usted en la mano?...

Blas. (*Ap.*) Veo que este ciudadano
lo que busca son pesetas.

Maestro. Por eso á los que en el dia
me presentan su demanda
de esta ó la otra letanía,
les contesto con la mia...
«obedecer al que manda!»
No hay remedio; es mi sistema:
ni le hallo mejor tampoco;
lo demas todo es pamema;
sin fuego nadie se quema...
vea usted si me equivoco.
Llega esta tarde ó mañana
a mi tienda un parroquiano
con barba de una semana,
me manda enmendar su plana...
le afeito... y paro la mano.
(*Blas se sorprende.*)
Mas, veo que usted se pasma
aun antes de que le diga
que á igual proceder me obliga
quien pide una cataplasma
ó un emplasto en la barriga...

Blas. Estoy mirando, maestro,
que en la gramática parda
nadie le pondrá el cabestro...

Maestro. A quien está ya tan diestro
en ir llevando la albarda;
y que con los varios roces
de tanta carga y ginete...
Blas. (*Ap.*) Por mal camino se mete!
Maestro. Le tirará un par de coces...
Blas. (*Ap.*) A quien la espuela no apriete.
(*Accion de dinero.*)
Maestro. Por eso, mientras hay godos,
de aquel bando ó de esta banda,
que me buscan de otros modos,
les voy contestando á todos:
«obedecer al que manda!»
Blas. (*Llamándole aparte, mientras los demas forman corrillos separados, leyendo las papeletas.*)
Ea!... ajustemos las peras
sin enigmas ni recelos...
Cuánto quiere?
Maestro. Va de veras?...
Tomaré, pues, mis tijeras,
que la cuestion tiene pelos.
Y esos pelos no son vanos;
porque, al fin, no es una mengua,
que, con tantos parroquianos,
tenga pocos en la lengua
quien muchos lleva entre manos.
. . . . . .
(*Piensa un poco lo que va á decir.*)
Como vivo en este abismo,
lleno siempre de tormentas,
y sin un solo guarismo,
entrando conmigo en cuentas,
suelo decirme á mí mismo...
«Ven acá, pobre estropajo;
entre las diversas modas
que corren de arriba abajo,
te sienta mejor que todas
la de: cobrar tu trabajo.»
La plata es cual los Querubes,
que anda siempre por las nubes;
y en esta cuestion, que escarbas,
mientras vas, bajas y subes,

puedes hacer treinta barbas.
La lanceta no la escluyas,
pues no es justo en nuestros dias,
por andar entre aleluyas,
que tú pierdas tus sangrías
para que otro halle las suyas...
Y en fin, si en tan triste estado
la cabeza te se inflama
por servir al diputado,
y atrapas un resfriado
con quince dias de cama...
no ha de parecer molesto
á quien te pidiere el voto,
ni el comentario ni el testo
de las partidas, que noto
en mi pobre presupuesto.

Blas. (*Accion de dinero.*)
Fijémonos en el *cuánto*
sin tanta palabrería.

Maestro. Poca cosa... pero al canto,
que mi bolsa y mi vacía
tienen igual seña y santo.
(*Una cruz en la boca.*)
Hé aquí, pues, la ley nefanda
que en sus míseros apuros
presenta el tio Cutanda:
«Obedecer al que manda...
si manda cinco ó seis duros.»

Blas. Arreglémoslo por tres,
y es asunto concluido.

Maestro. Por cuatro.

Blas. Bastante es.

Maestro. Vengan. (*Parando la mano.*)

Blas. No, que harán ruido...
ya nos veremos despues.

. . . . . .

(*Le dá la mano al Maestro, y este rueda la cabeza desconfiando de la oferta.*)

Blas. A quién le falta papel?...

Nicolas. Y el papel para qué es, Blas?

Blas. Para qué ha de ser, Colás?...
para envolver un pastel... (*Irónicamente.*)

Nicolas. Pues si no voté jamás...
Blas. Todos la misma pregunta!...
Vaya, me volvereis tonto!...
Pero, en fin, roma ó con punta,
hagamos aquí una junta,
y saldrás de dudas pronto...
Vereis cuán presto la acuño.
(*A cualquiera de los presentes.*)
Siéntate... tú eres alcalde...
vara y todo... y con buen puño!
(*Dándole un palo cualquiera.*)
Ven aquí, y no temas, Nuño,
aunque á multazos nos balde.
Trae esa mesa, Miguel;
(*Hacen lo que les dice.*)
tú... esa caja de tabaco...
(*La coloca encima de la mesa.*)
Corriente... venga un papel...
Te escriben un nombre en él,
lo doblas... lo das... y al saco.
(*Parodia el acto de votar.*)
Ya ves tú cuán fácil es
aprender tal vagatela...
Nicolas. Y qué mas?...
Blas. Lo que tú ves...
Dá fin aquí el entremés,
y el chico sale de escuela.
Retiras atrás la pata,
ó te vuelves al momento;
que á un elector de alpargata
es muy necio aquel que trata
de exigirle un cumplimiento.
Sales, en fin, del teatro;
otro llega de tí en pos;
despues de aquel entran dos,
y tras de estos vienen cuatro...
hasta que no hay mas... y á Dios!
Pero... (*Temiendo continuar.*)
Nicolas. Concluye esa historia,
que es bastante divertida;
y lo que á muchos se olvida
bueno es tenerlo en memoria.

Blas. Muy pronto está concluida...
Tres dias completos dura
navegando el barco en popa,
y el alcalde en tal postura,
hasta que el hambre le apura
y vierte en seco la sopa.
Cuando lleno está el perol,
sácanse con sumo tino,
y van tendiéndose al sol,
allí el nabo... aquí la col...
y allá el pimiento ó pepino.
(*Acompaña con la accion cuanto dice.*)
Cada fruta tiene un trage,
cada cuchara un guisado;
y despues de bien contado...
del plato de mas follage...
sale tieso el diputado.
Y entre las gentes de plaza
que estan allí con su murga,
haciendo un papel... de estraza,
unos se maman la purga...
los otros... la calabaza.
Antonio. Lo cuentas, Blas, de unos modos...
Blas. Y tómenlo como quieran
tirios, troyanos y godos...
que á fin de que me oigan todos,
quisiera que aquí estuvieran.
Antonio. Pero se acabó ya el cuento?
Blas. La píldora está tragada.
Antonio. Y los postres?...
Blas. Nada! nada!...
que lo que falta es ungüento
de enfermedad reservada.
Antonio. Déjate estar de reserva,
que el momento es oportuno;
y reine Marte ó Minerva,
dañar no puede á ninguno
quien pasa el tiempo entre yerba.
Falta en el punto en cuestion
descubrir cómo se alcanza
del gallo y zorra la union,
y la mas dulce alianza

entre el gato y el raton...
Falta el seguirle la pista
al motivo, en contra ó pró,
que en la electoral conquista
suele ponerte á tí en lista,
y á mí, por ejemplo, no.
Falta, si mucho me aprietas,
saber cómo hay quien consiente,
con la lengua y manos quietas,
que en punto do votan veinte,
resulten cien papeletas.
Falta apuntar los abusos,
y disparar bien los tacos
contra las costumbres y usos,
con que hoy votan los *polacos*...
y en otros tiempos... los *rusos*...

Blas. (*Tapándole la boca.*)
Pero esa misa es muy larga
y el evangelio está cerca;
con que aguantemos la carga,
que la verdad siempre amarga
á quien tan cara hoy la merca.
Y pues con dos pinceladas
vísteis la gloria y trabajo
del hijo de las votadas...
Melchor!... basta de alcaldadas!...
y ese telon... hácia abajo!!!
(*Cae.*)

FIN DE LA JORNADA PRIMERA.

JORNADA SEGUNDA.

ESCENA PRIMERA.

La misma decoracion de calle anterior, y con igual objeto. Pasa por ella MARTA, *con una cesta llena de comestibles ó de ropa lavada, etc., y parándose tambien á intérvalos, dice.*

Vaya un frio, santo cielo!...
En verdad que el tiempo es malo!...
Tengo los dedos de palo!...
(*Soplándoselos.*)
y la nariz... como el hielo!...
Muy ingrato ve este suelo
quien no tiene una peseta!...
y gracias, si halla receta
contra los males, que pasa,
limpiando muebles de casa,
y haciendo á ratos calceta!...
Tuve un novio hace dos años,
rubio como una paloma,
pero inclinado á la broma,
y á picos pardos estraños...
Despues de mil desengaños
le hallé, entre botella y copa,
navegando, viento en popa,
en barco que amo tenia,
y dije desde aquel dia...
sigamos lavando ropa!...
Porque, al fin, para casarme,
y pasar, tras de hambre, penas,
con nabos y berengenas
prefiero yo contentarme...

Qué sacaré de gastarme
en nupciales aparatos
lo que con sus malos ratos
gana una pobre criada?...
Si doy golpe en vago, nada...
mas me vale fregar platos!
(*Desaparece Marta.*)

ESCENA II.

Habitacion de Tomas. UN CRIADO *de don Diego con una carta en la mano: poco despues entra* MARTA, *y luego* SALVADORA.

Criado. (*Llamando.*)
Ah de casa!... no responden?...
me gusta la confianza
con que los dueños se esconden!...
Marta. (*Dejando la cesta encima de una silla.*)
Quién será este Sancho Panza!...
Criado. Tomás Ponce, vive aquí?...
Marta. Si no ha muerto, aquí vivia...
Criado. Un recado le traía...
Marta. Pues démelo usted á mí.
Criado. Es asunto que interesa,
y deseo verle pronto.
Marta. Hombre, no sea usted tonto,
y no tenga tanta priesa..
Salvadora. (*Asomándose.*)
Qué, trae alguna otra carta
de don Diego?
Criado. Verdad es.
(*Dándole la carta.*)
Salvadora. Entonces, vuelva despues...
ó sino... no vuelva... Marta!
pon el guisado á cocer,
y prepara la ensalada... (*Se va Marta.*)
Criado. Luego, pues, vendré á comer.
Salvadora. Enfrente está la posada,
que no es mi casa un convento.
Criado. Dispense usted, señorita...
(*Se va, y el perro le ladra.*)

Salvadora. Vaya!... que este parlamento
me tiene ya asada y frita!...
Y es fuerza que el vuelo tomen
moscardas tan importunas,
sino, mientras que ellas comen,
voy yo á quedarme en ayunas.
Hace poco que un mastuerzo,
diciendo no tener ganas,
se tragó para su almuerzo
más que cómo en dos semanas.
Ahora, esta otra alma en pena,
tambien de raza canina,
si se cuela en la cocina,
me deja, tal vez, sin cena.
De modo, que aquí en la Alcora
pagan siempre estas recetas
las inocentes chuletas
de la pobre Salvadora!...

ESCENA III.

SALVADORA. BLAS, *entrando con* MIGUEL *y otros. Despues* TOMÁS. *Luego* MARTA.

Blas. Dónde estan?... las tienes fritas?...
Salvadora. Sí, mas no son para tí,
que en todo caso hay visitas...
Tomas. (*Saliendo ahora.*)
Qué, ha venido alguno? Di...
Salvadora. De muy poco tiempo acá
los correos no estan cojos.
(*Dándole la carta que tiene en la mano.*)
Tomas. Quién la trajo?
Salvadora. Él lo sabrá.
Tomas. (*Llamando á Marta.*)
Marta!... trae los anteojos...
Si no... tú la leerás...
que esto no es ningun exhorto.
(*A Blas, que rehusa hacerlo.*)
Blas. A mal punto por luz vas,
que tambien tiro algo corto:

y digo tanta torpeza
cuando pretendo leer,
que no sé cómo hay cabeza...
(*A Salvadora.*)
mira lo que ocurrió ayer.
Estábamos yo y Miguel
(*Marcando á este.*)
con otros varios amigos
leyendo por esos trigos
las noticias de un papel.
Tratábase en él del goce
de las patrias garantías,
y otras varias letanías
que todo el mundo conoce.
Y entre las líneas que cito,
de la libertad un salmo
andaba por allí escrito...
con cada letra de á palmo...
Ya sabeis que no soy lerdo;
pero, amigo, es la verdad,
que por leer «li-ber-tad»
dije... dije... no me acuerdo!...
Debió ser pifia muy rara,
lo digo sinceramente!
cuando con tanta algazara
la recibió aquella gente.

Tomas. Vamos, algun disparate
de tres ó cuatro bemoles!

Miguel. Pimiento en vez de tomate...

Blas. O nabos quizá por coles...
Aunque, si bien lo penetras,
no es muy dificil, al cabo,
en nombres de iguales letras,
tomar por la oreja el rabo.
Y como yo, al leer, opino
que lo escrito solo es tinta,
si me atasco en el camino,
nunca me paro en la pinta.

Tomas. Y en eso no vas tan mal,
porque, Blas, acaso, acaso...
tambien sale así del paso
quien nos guia del ronzal.

Pues cercado de zozobras,
con tanta espina y abrojos,
entre sus escritos y obras
nadie encuentra...

Marta. (*Saliendo con ellos y se vuelve.*)
Los anteojos!...

Tomas. Ya la leeré despues...
(*Tomándodos y hojeando la carta.*)
Jesus! cuánto garabato!...
No sabes, Blas, qué hora es?...

Blas. (*Llamándolo aparte.*)
La de hablar los dos un rato.

Tomas. Pues qué ocurre?

Blas. Viva Riego!...
Qué ha de ocurrir?... que es preciso,
entre usted, Juan, yo y Narciso,
la cama hacerle á don Diego.

Tomas. Qué está malo?... no sabia...

Blas. Malo! malo!... pero hay cura...

Tomas. Tú dirás, pues...

Blas. Juraria
que esta breva está algo dura! (*Ap.*)
Ya sabe usted que es notorio
que en los pueblos de esta plana
debe sacarse mañana
un alma del purgatorio...
(*Tomás se chupa el dedo.*)
Y eso?... ven acá, Mariano:
(*Llamando á uno de sus compañeros.*)
por qué se chupa usté el dedo?

Tomas. No tengo otro dulce á mano,
y me arbitro como puedo.

Blas. (*A Mariano.*)
O yo soy muy incapaz,
ó el buen Tomás tiene ganas...

Tomas. De que respeteis sus canas
dejándole estar en paz.

Blas. Le pido á usted guerra yo?

Tomas. Fuera, en efecto, simpleza;
porque al rodar la cabeza
siempre quiero decir: no.
A lo que venís barrunto,

que hoy el que no corre, vuela;
y llegais cuando en su punto
tiene el arroz la cazuela.

Blas. Entonces lo probaremos...
si usted licencia nos dá.

Tomas. Pero no te gustará...

Blas. Eso, Tomás, lo veremos.

Tomas. Harto estoy ya de estos cabos,
y veo, al fin de mis dias,
que quien siembra chirivías,
no puede, Blas, coger nabos.
Veinte años pasados van,
en que de los labradores
pájaros de mil colores
chupan la sudor y el pan,
y abriendo á todos la puerta,
nos dejan, con su hambre franca,
sin rama verde en la huerta,
ni en el bolsillo hoja blanca...
Cómo, pues, aunque me empales,
la cama á nadie yo haria,
cuando en circunstancias tales
temo quedar sin la mia?...
La una vez, quien lo fué ya,
ser diputado apetece,
y á todo el mundo le ofrece
de otro Moisés el maná.
Con la humildad de un cordero,
manso el Pueblo, sube y baja,
por poner en una caja
el nombre de este embustero...
Sale triunfante del paso,
va á Madrid, hace su agosto...
pero lo que es en tu vaso
no entra una gota de mosto...
Ni por más que lo procuras,
la molestia hay quien se tome
de decir si estan maduras
las brevas, que el tal se come.
Baja este, y á tus narices
sube de pavo otro moco,
diciendo: «que de aquí á poco,

todos seremos felices...»
Por supuesto, sí á él le votas,
que sino, no hay nada bueno;
y con el zapato ageno
se calza tambien sus botas.
Vuela, á su vez, este tordo;
si le hablas, se hace el pandorga,
y si le escribes, el sordo...
que, al cabo, quien calla, otorga.
Y mientras que en su teatro
se cuela el hombre muy tieso,
éste, tú, yo y mas de cuatro
quedamos... royendo el hueso...
Con que, á don Diego vé y vota,
si desocupado estás...

Blas. Pero, mire usted, Tomás...

Tomas. Hoy no veo, ni una jota.

Salvadora. Y yo, con mi buena vista,
y con mi oido de lince,
te repito veces quince,
que imposible es tu conquista.
Mi Tomás... no votará.

Blas. Eso por qué?

Salvadora. Porque no.

Blas. Y á tí, mujer, qué te va?

Salvadora. Mas que á tí... sí.

Blas. Pero... yo...
en fin... oid dos palabras.
(*Llama en secreto á Tomás y á Salvadora.*)
«Sabed que me han prometido
un estanco y treinta cabras.»

(*Salvadora se marcha amostazada al oir esto, y se sienta al otro estremo con la labor, ó haciendo calceta, etc.*)

Tomas. Válgame el Niño perdido!...
Y sabes tú si el reparto
de la promesa irá en pos?

Blas. Yo sé que estoy sin un cuarto,
y sigo al que ofrece dos.

Tomas. Ah!... pues si es esa la idea,
ríndele culto á tu santo,
mientras yo en otro altar canto

el *Domine labia mea.*
(*Le vuelve la espalda.*)

Marta. A Blas una mujer busca.

Blas. Me busca á mí una mujer?...
Y qué quiere?... voy á ver.

(*Marta hace un gesto de ignorancia, y Blas se marcha.*)

ESCENA IV.

DICHOS, *menos* BLAS.

Tomas. Vaya una salida chusca!...
Por atrapar él su estanco
y treinta pares de cuernos,
nos mete en estos infiernos!...
Vamos, Miguel, seas franco.
Te parece á tí arreglada
la conducta del tal Blas?

Miguel. Yo qué he de decir, Tomás?
De esas cosas no sé nada.

. . . . . .

Tomas. (*Con mucha energía.*)
Pues el saber os importa,
aunque á mal muchos lo tomen,
que es de nuestro mal el fómen
ver los que amasan la torta
que otros, al fin, se la comen.

. . . . . .

Los que allá en los barrios bajos
oyen contar con franqueza
de la patria los trabajos,
y aventuran su cabeza
á la voz de cuatro majos,
que á salvarla les exhorta...
esos amasan la torta.
Y otros pájaros mas gordos
de diferente ralea,
que estar suelen siempre sordos
á todo lo que no sea
llenar de truchas ó tordos
su descomunal abdómen...

hé aquí los que se la comen.

. . . . . .

(*Señal de asentimiento por parte de los demas.*)
Los que en cualquier trance amargo,
en que el pobre pueblo se halle,
sin ver de su data el cargo
se lanzan luego á la calle,
armados de fusil largo,
ó de carabina corta...
esos amasan la torta.
Y los que, al mirar que estalla
la popular chamusquina,
salpicada de metralla,
se esconden en la cocina
mientras dura la batalla,
temiendo que los emplomen...
hé aquí los que se la comen. (*Idem.*)

. . . . . .

En fin, los hombres honrados,
de miras no interesadas,
que, valientes y esforzados,
levantan las barricadas
sin prever los resultados,
si luego el proyecto aborta...
esos amasan la torta.
Y otros séres de almas frias,
que entonan cien aleluyas
y aplauden mil sinfonías,
abriendo un palmo las suyas
cuando á dichas baterías
no hay bocas ya que se asomen...
hé aquí los que se la comen.
(*Señalando con toda intencion á Blas, que entra otra vez.*)

ESCENA V.

DICHOS. BLAS.

Blas. Yo no me he comido nada!...
pero... don Diego ha venido,
y á todo nuestro partido
voy á anunciar su llegada...

Volveré luego, Tomás...
(*Se marcha, haciendo seña á los demas para que le sigan.*)

Tomas. Bien: pero, aunque poco valgo,
si es que de mí esperas algo...
muy equivocado estás.

ESCENA VI.

SALVADORA. MARTA. TOMÁS.

(*Al salirse Blas y los otros compañeros se oye la trompeta del pregonero público y su voz muy lejana, que no se comprende. Salvadora continúa sentada, haciendo calceta ó cualquiera otra labor, acompañada de Marta. Es de noche. Tomás se pasea inquieto.*)

Salvadora. (*A Marta, y hace como que escucha.*)
Asómate á la ventana...
mira lo que es ese bando...

Marta. (*Despues de haber salido y vuelto á entrar.*)
La votacion de mañana,
que anuncian...

Tomas. Siempre votando!
Y á pesar de tanto voto,
ni en la tierra ni en el cielo
puede encontrar hoy consuelo
el que lleva el calzon roto!... (*Se marcha.*)

ESCENA VII.

SALVADORA. MARTA.

Marta. Señora, y por qué separan
de esa fiesta á las enaguas?...

Salvadora. Entonces sí que sopláran
las electorales fraguas!...
Y no creas sin embargo,
aunque en verdad poco brilla,
que de plumas con mantilla
el catálogo no es largo:
pues sobre nuestra importancia

es tanto lo que se ha escrito
allá por París de Francia
y otros puntos, que no cito,
que, sin volver las espaldas
á imberbes habladurías,
muy huecas en nuestros dias
pudieran estar las faldas.

Marta. Ah! si nuestra condicion
murmurar nos permitiera!...
cuántos motivos nos diera
de los hombres la ambicion!...
Cuántas culebras y sapos
soltáran sus escondrijos,
al aire dando los trapos
de los tristes de Adan hijos!...

Salvadora. Pero, Marta, mujer eres,
y hasta que otro buey no ruja,
serán siempre tus que-haceres
«calceta... rueca... y aguja.»

Marta. Tengo en la mente muy fijo,
pues no es mi memoria escasa,
lo que mi padre me dijo
al dejarme en esta casa...
«Si tu anzuelo busca anguila,
hila,
Si un pez quieres que se agarre,
barre,
Si, aun así, nadie te tose,
cose,
Y si no suena la aldava,
lava.
Porque hoy en esta almadrava,
do hay tantas cañas pescando,
la que algun barbo, al fin, clava,
solo lo consigue, cuando...
hila, barre, cose y lava.»

ESCENA VIII.

Entra ahora DON DIEGO *en trage de lujo, y al reparar en las mujeres, se queda algo cortado, quitándose el sombrero, etc.*

Diego. Ya que franco el paso encuentro...
Se puede entrar en la sala?
Salvadora. La pregunta no está mala,
despues de meterse dentro.
Diego. Señora... llegué á la puerta,
y al verla á medio entornar...
abríla, y...
Salvadora. Se quedó abierta.
Marta! vuélvela á cerrar. (*Lo hace.*)
Diego. Vive en esta habitacion
don Tomás Ponce y Garrido?
Salvadora. Si usted no le quita el don,
no conozco á mi marido.
Diego. Muy linda es la labradora! (*Ap.*)
Si usted la esposa es del amo,
será... doña Salvadora?
Salvadora. Sin el don... así me llamo.
Diego. Bien: con el don ó sin él,
que al fin y al cabo estas cosas
no ponen á las hermosas
su corona de laurel...
Salvadora. Marta!... tengo algo en el moño?
(*Llevando á él la mano.*)
Marta. No veo, señora, nada.
Salvadora. Ah!... me pensé...
Diego. Qué taimada!...
y fresca como el otoño!... (*Ap.*)
Vengo de mi dicha en pos,
con deseos impacientes,
por saber... pero... qué dientes!...
No se ría usted, por Dios!...
que, al mirar, entre el carmin,
esos dos rastros de perlas...
le asalta á un mortal... en fin...
la tentacion de...
Salvadora. Cogerlas!

Marta!... habrás de estar alerta,
que este nuevo pretendiente,
si estoy con la boca abierta,
me va á dejar sin un diente! (*Ap.*)

Diego. No he comprendido ese canto.

Salvadora. Ni yo de usted la otra copla.

Diego. Sabe usted qué es fuego?...

Salvadora. Sopla!...

Diego. Lo necesito algun tanto.

Salvadora. Qué, hay que apagar algo?...

Diego. Mucho!
Ardiendo estoy sin rebozo!

Salvadora. Divinos cielos, qué escucho!...
Marta!... mételo en el pozo.

Diego. No, no...

Salvadora. Si la llama prende...

Diego. En ciertos casos el agua
aviva mas que una fragua
lo que con rayos se enciende.

Salvadora. Rayos dice usted? y es cierto?

Diego. Rayos, sí... candentes!... rojos!...
pero, señora... soy muerto...
si no cierra usted los ojos.

Salvadora. Mil gracias por la merced
de mi *requiescat in pace!*...
Ciérrelos, si gusta, usted,
que yo le pondré: aquí yace.

Diego. Aquí yace?... no mas eso?...
Será usted tan poco amable?...

Salvadora. Bien... alargaré el proceso:
«Un caballero apreciable,
que tuvo muy poco seso.»

Diego. Y quién no lo perdería,
al ver... oh! lengua... detente!...

Salvadora. Qué ha visto usted?... (*Alarmada.*)

Diego. Me estasía
ese marcial continente!...

Salvadora. Mire usted que soy ya vieja,
y requiebros tan estraños
hacen muy mala pareja
con quien tiene...

Diego. Cuántos años?

veinte y cinco?... veinte y seis?
todo lo mas... veinte y siete.

Salvadora. Apriete un poquito, apriete!

Diego. Bah! no me convencereis...
á treinta no llega usted.

Salvadora. Y bien: que llegue ó que no,
podré saber, al fin, yo...
la causa de...

Diego. Suponed
que buscaba á don Tomás...

Salvadora. No está en casa: vendrá pronto.

Diego. Pues ya que hay sillas detrás...

Salvadora. Quien no se sienta, es un tonto.
(*Se sienta don Diego.*)

Diego. Con el debido permiso...

Salvadora. Corriente: yo soy muy franca...

Diego. Y muy graciosa... y muy blanca...

Salvadora. Y qué mas?

Diego. Será preciso,
ó desea usted acaso
gozándose en mi querella,
que descifre, paso á paso,
las galas con que me abraso
de esa peregrina...

Salvadora. Estrella?

Diego. Querrá usted?...

Salvadora. Sí que lo quiero.

Diego. Que mi labio balbuciente,
amoroso y placentero,
trace con pincel ardiente
el brillo de ese...

Salvadora. Lucero?

Diego. Ni tendrá por importuna
mi indiscreta sutileza,
al indicar, de una en una,
las mil gracias que á esa?...

Salvadora. Luna?

Diego. Cercan de piés á cabeza?...
(*Se queda parado.*)

Salvadora. Adelante... que me agrada
mucho ese idioma español...
y, ó yo d'él no entiendo nada,

ó con otra pincelada
veré salir pronto...

Diego. El sol!

Salvadora. Ya está fuera?

Diego. Aun no ha salido;
tal vez saliendo esté ahora...
Mas, dígame usted, señora...
(*Acercando algo la silla.*)
cuándo vendrá su marido?

Salvadora. Antes que salga... la aurora.

Diego. (*Acercándose un poco mas.*)
Y bien!...

Salvadora. Mire, que me pisa!...

Diego. Es que estoy... algo rehacio...
(*Se levanta.*)
porque tengo... tanta prisa!
se ríe usted?... y esa risa?...

Salvadora. Es... porque estoy muy despacio.

Diego. Entonces... tendré paciencia...
y... lléveme Barrabás! (*Ap.*)
Pero... vendrá don Tomás?...

Salvadora. Si usted no le dá escelencia,
tal vez tarde un poco mas.

Diego. Señora... ese tratamiento
lo guardaba el alma mia
para el mas bello portento...
para usted!

Salvadora. Quién lo diria!...
Escelente pensamiento!... (*Se levanta.*)
Já! já! já!
(*Se ríe dirigiéndose á Marta, y le dice aparte:*)
Me obliga á reir sin ganas,
y á no ser tan insensato,
me estuviera dos semanas
oyendo á este candidato!...

Diego. No hable usted en voz tan baja,
porque soy algo teniente...

Marta. Tiene razon: fuera paja...
y al grano directamente.

Diego. Y cómo encontraré el grano?

Marta. Vaya una estraña pregunta!...
Pasándose usted la mano...

de la nariz por la punta.
(*Ap. á Salvadora, que se ríe con Marta.*)

Diego. Qué, se ríe usted de mí?...

Salvadora. Marta!... no eres cosa buena!

Diego. Le ha dicho á usted algo?

Salvadora. Sí:
que llueve...

Marta. Pero no truena.

Diego. Llueve mucho?

Salvadora. Poca cosa:
yo no me mojo á lo menos.

Diego. Lo siento; porque hay terrenos,
en que es mas linda una rosa
con el agua y...

Salvadora. Con los truenos!
Si tendré la cara sucia,
y querrá usted que me lave!...
Voy á verlo, voy... quién sabe!
Me habla usted con tanta astucia!
(*Se marcha.*)

ESCENA IX.

DON DIEGO. MARTA.

Diego. Irá á mirarse al espejo,
por ver si está bien peinada...
Lástima que esté casada
con un marido tan viejo!...
No es muy tonta, pero en fin,
sus instintos labradores
han cogido aun pocas flores
del cortesano jardin.
Y es preciso interesarla,
que me tiene mucha cuenta...
Veremos si la sirvienta
me ilumina con su charla.
Muchacha!... siempre riendo? (*A Marta.*)

Marta. Me río... de mis apuros.

Diego. (*Sacando el bolsillo y dinero de él.*)
Te hacen falta cuatro duros?

Marta. Señor... yo compro y no vendo.
Diego. Qué compras?... puede saberse?
Marta. Lo que venden por las plazas,
y en casa suele comerse.
Diego. Y qué vendes?...
Marta. Calabazas.
Diego. (*Ofreciéndole cuatro duros.*)
Vamos, toma... que te aprecio.
Marta. En cuánto... en veinte pesetas?
valgo mas...
Diego. No hables tan recio.
Marta. Ni en mil.
Diego. Demasiado aprietas.
Estás mucho tiempo aquí?...
Marta. Aquí?... desde que entró usté.
Diego. No es eso!
Marta. En la casa?
Diego. Sí.
Marta. Estoy... desde que yo entré.
Diego. Es muy torpe tu talento!
Marta. De una pobre labradora...
Diego. Dime, y qué labras ahora?...
Marta. Lo que es en este momento...
el honor de mi señora.
Pero hácia aquí vuelve ella.

ESCENA X.

DICHOS. SALVADORA.

Salvadora. (*Sorprendiéndole con el dinero en la mano.*)
Y eso?... Cómo usted tan franco?
Diego. Yo?... mandaba á la doncella...
por cigarros al estanco.
Salvadora. Es cierto?
Diego. No me equivoco...
ya ve usted... cosa de humo!...
Salvadora. Y tú? (*A Marta.*)
Marta. Lo pensaba un poco...
ya ve usted... como no fumo!...
Salvadora. Bien está: márchate fuera.
(*Se marcha.*)

ESCENA XI.

SALVADORA. DON DIEGO.

Diego. Quiere que nos deje solos? (*Ap.*)
La ocasion, sin duda, espera
de firmar los protocolos.
Salvadora. Caballero!...
Diego. Prenda mia!...
Salvadora. Qué necio!... Válgame Dios!... (*Ap.*)
Ya estamos solos los dos...
que era lo que usted queria.
Diego. Si mi corazon no miente,
creo que al fin he vencido...
Salvadora. Como es usted tan valiente!...
Diego. Ataquémosla de frente, (*Ap.*)
y es negocio concluido.
Señora...
Salvadora. Señor...
Diego. Me obliga
mucho tan grata merced.
Salvadora. Qué es eso, qué?... diga usted...
Diego. Qué quiere usted que yo diga!...
Estas pupilas de fuego...
y ese rostro encantador...
qué revelan desde luego?...
. . . . . .
(*Muy apasionado.*)
Salvadora. (*Con mucha intencion.*)
Que es mi marido elector...
y usted... el señor don Diego.
Diego. (*Sorprendido en alto grado.*)
Vaya una ocurrencia rara
y de malicia no poca!...
Si tendré escrito en la cara
el nombre que usted invoca!...
Salvadora. En la cara no: en la boca.
Diego. Señora!... y podré saber
qué quiere darme á entender
esa entonacion tan séria?...
Salvadora. Sí: que aunque pobre mujer,
tengo voto... en la materia.

Y por mas que poco valgo,
y estoy de esperiencia falta,
ya ve usted, señor hidalgo,
que á veces la liebre salta
donde menos piensa el galgo.

Diego. Pero, señora, esto qué es?
Cómo trocó usted tan pronto
por su desden mi interés?...

Salvadora. Hombre, no sea usted tonto!...
Dios mio, y qué torpe es!... (*Ap.*)
Mire usted: al poco rato
que entró en esta habitacion,
conoció mi buen olfato
que era usted el candidato
de la presente eleccion.
Y queriendo poner tasa
al mal humor que á una asedia,
mientras la velada pasa,
hizo un papel... de comedia
la que es ama de su casa.

Diego. Por cierto, á fé, que en mal dia
quien tan rendido os adora
mereció, señora mia...

Salvadora. Suprimid la señoría,
que soy solo... Salvadora.

Diego. Salvadme, pues, del naufragio
que advierto entre mil escollos,
si pierdo vuestro sufragio...

Salvadora. Qué bien dice aquel adagio:
«el hambre sueña con bollos!» (*Ap.*)

Diego. No saliendo de este apuro,
mucha impericia denoto... (*Ap.*)
Señora... os amo... lo juro!...

Salvadora. (*Riéndose.*)
Muy bien: mas no doy el voto.

Diego. Aun queda un medio seguro. (*Ap.*)
Ni quiero votos, ni nada...
y si por un desvarío
pedíle el suyo á mi amada...
hoy á esos piés... está el mio.

(*Se arrodilla, y aparece Tomás en el acto.*)

ESCENA XII.

DICHOS. TOMÁS.

Tomas. Y á qué hora es la votada?...
Diego. (*Ap. levantándose.*)
Tomás!... estoy aterrado!...
Tomas. (*Con calma.*)
Vamos!... qué me dice usté?
Diego. Como llevo este calzado...
iba andando... resbalé...
y... héteme aquí...
(*Se arrodilla ante Tomás de una manera ridícula.*)
Tomas. Arrodillado!
de bien particular modo!...
Diego. Solo estoy aquí... un momento.
Como llueve...
Tomas. Sí!... y hay lodo!...
Desde el contiguo aposento
lo estuve escuchando todo!
(*Con resolucion.*)
El sombrero... y á la calle!
Diego. Pero, señor... fué una broma...
Tomas. Nada... nada; punto y coma...
antes, don Diego, que estalle
el volcan que al pecho asoma!
Y usted ya de mí qué espera?
cuando es cosa bien sencilla
que mal diputado hiciera
el que dobla la rodilla...
ante un ídolo cualquiera!
Diego. (*Tomando el sombrero.*)
Pues bien: no me desanimo:
que en cosas electorales,
cuando se pierde un arrimo...
Salvadora. (*Irónicamente.*)
Puede encontrarse el de un primo,
de influencias especiales.
Diego. Y qué primo es ese?... Hola!
comprendo, al fin, cuanto pasa...
(*Dándose una palmada en la frente.*)
Tomas. Dale, bola!... dale, bola!...

Le habrá de echar de mi casa
el cañon de esta pistola?...
(*Sacándola del bolsillo de los zaragüelles, y apuntándole á don Diego, que se marcha.*)
Salvadora. No hagas caso de bravatas,
ni en un conflicto nos metas,
que en la cuestion de que tratas,
á quien busca papeletas,
no votando... ya le matas!
. . . . . .
(*Quitándole la pistola, y disparándola por la ventana.*)
Disparémosla hácia el cielo...
que allí no llega la bala...
. . . . . .

ESCENA XIII.

A la esplosion del tiro acude MARTA *alborotando, y se deja caer en una silla medio desmayada. Ladra el perro, y entra* UN VECINO *á preguntar qué sucede.*

Vecino. Qué es esto?
Salvadora. Nada, Carmelo.
Marta. Señora... yo estoy muy mala!
Un susto tengo de muerte!...
Vecino. Pero, en fin, sepamos qué es...
Tomas. Nada... nada... ya lo ves...
No lo tomes tú tan fuerte. (*A Marta.*)
Descolgando la chaqueta
que tenia... allá detrás...
vino al suelo una escopeta...
salió el tiro... y... nada mas.
Vecino. Pero no hay desgracia grave?
Tomas. Ni desgracia, ni fortuna.
Vecino. Me alegro.
Tomas. A mí mal me sabe
no llorar, al menos, una.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, BLAS, MIGUEL, ANTONIO *y todos los demas que hayan tomado parte en las escenas anteriores.*

Blas. (*Entrando con los demas.*)
Don Diego está por aquí? (*A Tomás.*)
Tomas. No lo he visto.
Salvadora. Yo tampoco.
(*Interrogada por Blas con la vista.*)
Blas. Pues si me ha dicho hace poco...
No es verdad, Antonio?...
Antonio. Sí.
Tomas. No le nombreis, ni aun en broma,
para que esto en paz concluya.
Blas. Pues y la votada?...
Tomas. Toma!...
esa cuenta es cuenta tuya.
Blas. Conforme está el pueblo entero,
por vida de Belcebú!...
Tomas. Quien conforme está... eres tú,
que el otro no es mas que un cero.
Blas. Un desengaño, y bien gordo,
verá usted, si no está ciego...
(*Volviéndose á los compañeros.*)
A quién quereis?...
Todos. (*Gritando.*) A don Diego!!!
Tomas. Es que yo estoy tambien sordo...
No vengas con farsas, Blas;
ni con pueblos, ni... en resúmen,
yo votar?... aunque me emplumen,
ni mañana, ni jamás...
El Pueblo, segun discurro,
retrato es muy parecido
del niño que hace de burro
para que otro alcance un nido.
Y mientras muy satisfecho
sirve de cabalgadura
esperando en tal postura
un pájaro en su provecho,
atrapa el otro la breva,
en el seno se la mete,

baja, le pega un cachete,
y hasta la paja se lleva.
Y en pago de su trabajo,
deja al pobre compañero
llorando allí, boca abajo,
sin pájaro... y sin sombrero.

Blas. Bah! bah! bah!... sea usted franco...
no busca usted la paz, no.

Tomas. Y tú, Blas, qué buscas?

Blas. Yo?...
el bien del pueblo...

Tomas. El estanco!

Salvadora. (*Colocándose entre los dos.*)
Vaya!... no deis mas que hablar,
Blas Mendoza y Tomás Ponce!...
que son lo menos las once,
y es hora ya de cenar!...
y de al *Público* rogar
disimule sus agravios,
ya que de rústicos labios,
entre algunas necedades,
salen á veces verdades...
que no las dicen los sabios.

FIN.

3 0112 115874429